

conjunto á producir con sus débiles trompetillas y demás órganos vibrátiles, el desapacible run-run que se escucha en las cercanías de los pantanos.

Justo Sierra que comprendió la dificultad de ser original en materia tan *zumbada*, si se me permite la expresión, ha logrado un verdadero triunfo en la introducción del poema á que me refiero.

¡ Oh ! Colón, para hacer de tu renombre  
eco digno mis débiles cantares,  
yo necesitaría  
encontrar en el alma poesía  
un mundo nuevo como tú en los mares.  
Nunca tanto osaré; si la voz mía  
se levanta en un himno á tu memoria,  
es que cumplo un deber de americano :  
ave del Oceano  
que canta tu pasión y tu victoria  
plugo al cielo colgar mi frágil nido  
en el eterno nido de tu gloria;  
Por eso tu recuerdo, enternecido  
llamo del seno del sepulcro adusto;  
Surja tu sombra de sus piedras santas  
y mi musa feliz, mendigo augusto,  
doblará las rodillas á tus plantas.  
¿ Quién es ? ¿ qué afán le guía  
y qué busca ese hombre entre los rojos

perfiles del Poniente ?  
¿ Por qué siempre una nube en esa frente,  
por qué una llama siempre en esos ojos ?  
¡ Un visionario ! ¡ Ah, si ! Cuando ya deja  
la sombra un horizonte; cuando alcanza  
el corazón á vislumbrar la hora  
en que va á convertirse la esperanza  
en el primer destello de la aurora,  
cuando el sol de las almas centellea  
y un justo sufre y muere en el Calvario,  
es que la antorcha sacra de la idea  
brilla en manos de un pobre visionario.  
Dios con el limo del dolor los hace...  
Ineludible ley ! ¡ La vida nace  
de la muerte; el amor brota del llanto;  
su sed la tierra en la tormenta calma;  
de la tumba, la miel que acendra el lirio  
fluye, y el genio del sufrir del alma,  
y el progreso del mal y del martirio !

Estos conceptos si no enteramente nuevos,  
son al menos expresados con gallardía.

Es digno Sierra de cantar á Colón.

Su voz no es desapacible: tiene la entonación grandilocuente del alma. El filósofo y el poeta no se separan una línea, y por eso hay tanta severidad como belleza en los anteriores renglones.

Continúa Sierra:

¿El genio es por ventura  
un signo de expiación sobre la Tierra ?  
¡ Humanidad que vas entre ruinas  
rastreado las huellas misteriosas  
de esas grandes figuras dolorosas  
coronadas de espinas !  
Tú eres su ideal y su verdugo;  
tu hogar calientan con su vida; vierten  
en tu cáliz su sangre gota á gota,  
y tú les pagas con la cruz, ó matas  
su alma selecta con tortura ignota.  
Llega después el porvenir y cubre  
sus cadáveres ¡ ay ! con refulgente  
mortaja de oro y púrpura, y corona  
con una rama de laurel su frente;  
y sólo entonces al pronunciar sus nombres  
sentimos en el pecho  
como un orgullo inmenso de ser hombres...  
Vosotros sed benditos  
por vuestra fe, por vuestro puro anhelo;  
en lámpara se tornan vuestros años,  
encendida en la noche de este suelo  
para alumbrar los lúgubres peldaños  
de la eterna espiral que sube al cielo.  
Bendito tú, Colón; nauta arrogante  
que quisiste el abismo de tu alma  
del abismo del mar poner delante,  
y sentistes á solas  
con tu fe incommovible y con tu ciencia,  
la gran revelación de tu conciencia  
en el perenne ritmo de las olas.  
De rodillas, atónito, aceptaste

la unción suprema en tu nublada frente,  
y rey te levantaste...  
Los reyes te miraron, peregrino,  
mostrar entre los mares ignorados  
el invisible trazo de un camino;  
mas, en tus manos soñador austero,  
no veían los mundos anunciados,  
sino al hijo sin pan del pordiosero.  
Y pedistes en vano  
un puñado de oro á su escarcela.  
ofreciendo arrancar al Oceano  
el Asia en cambio de una carabela.  
“ Para alzar de la noche el hemisferio  
de perlas y oro que la mar engasta,  
dadme un punto de apoyo, lez dijiste,  
que la palanca de la fe me basta.”  
El corazón de la mujer tuviste:  
Y tendiendo á los vientos la ancha lona,  
marchastes á pedir á lo Ignorado  
tu sublime corona.  
Por hórridas borrascas despertado,  
corrió el mar ante tí su velo denso,  
mas ibas tú, tras tu ideal soñado,  
solo, tranquilo, inmenso !

Para admirar cumplidamente estos ver-  
sos, necesario es tomar reposo. Sucéden-  
se los pensamientos felices con rapidez; la  
elocución es robusta, y en ningún punto  
afeada por las exageraciones declamatorias

de que tanto gustan los neófitos en el arte.

Solo, tranquilo, inmenso!

Estas tres palabras en admirativo *crescendo* son de un valor épico extraordinario. El adjetivo *inmenso* suena á nuestros oídos como una nota suprema y digna de tan grande hombre en sus aventuras sobre los mares. Inmenso! Era ese el calificativo que convenía á Colón; inmenso, porque nada puede expresar mejor la desesperada lucha de un sér humano contra lo desconocido de ese elemento líquido; de un sér humano que al afrontar en su debilidad esa lucha, adquiere las colosales proporciones de su rival.

Nada te pudo detener, ni el hombre  
uniendo á la del mar su saña impía...  
Cuando la aurora en el zafir marcaba  
con su aguja de oro tu agonía,  
tú en pie en la proa del bajel hispano  
clamaste con acento sobrehumano:  
“ ¡ En el nombre del Dios omnipotente  
en cuyo arbitrio la Creación se encierra:  
despierta, Continente! ”  
y cual eco pasmoso, de repente,  
gritó una voz en lontananza: ¡ Tierra!

¿ Y qué más desear nauta atrevido ?  
Entre el futuro y tú la muerte sobra;  
hombre del barro y del dolor nacido  
á quien el Creador ha permitido  
colaborar impávido en su obra.

La afirmación anteriores digna así de Colón como del poeta. Esa idea, con ser de un atrevimiento inaudito, no resulta impropia, al tratarse de quien, efectivamente, ha *colaborado* por permisión divina,—para no falsear la intención de Sierra,—en la obra que permanecía incompleta hasta el año de 1492.

Sea cual fuese el criterio de los deístas ó los ateos, esa ponderación poética es admirable.

Gracias á ti, la completada esfera,  
átomo de topacio,  
se ha sentido volar en el espacio;  
gracias á ti, los astros radiantes,  
lumínea florescencia de la noche,  
no á nuestros ojos son regios diamantes  
de la diadema sideral del mito,  
sino soles de órbitas gigantes  
girando en un rincón del infinito.  
Integra ya la humanidad avanza  
hacia el Dios que del alma inteligencia  
se aleja como sombra, y la esperanza

enciende como luz en la conciencia.  
¡Gracias á tí, Colón! ¿Qué dar podría  
nueva aureola á tus cabellos canos?  
La más noble de todas, la más triste :  
la ingratitud cruel de los humanos.  
La tuviste ¡ feliz ! Cuando premiaba  
el cielo con un mundo  
tus incontables penas,  
el hombre te ligaba  
al borde de la tumba con cadenas.  
¡Mártir padre de América ! El futuro  
en la hora fatal de la justicia  
te exhumará de tu sepulero obscuro ;  
un himno estallará de polo á polo  
y hará entonces tu tierra americana  
de tu corona de martirio, el ígneo  
sol de tu apoteosis soberana !  
Cuando llegue ese instante  
poned en la balanza, grandes reyes,  
la protección, la autoridad inmensa,  
dada y quitada sin piedad, al hombre  
que os diera en recompensa  
algo que fué mayor que la esperanza :  
y coloque la Historia conmovida  
del otro lado de la fiel balanza,  
los grillos de Colón... ¡Que Dios decida!

Quien no conozca de Justo Sierra sino estos versos tiene ya lo suficiente para admirarlo.

México le cuenta, no sin razón, entre sus

predilectos bardos. La envidia que persigue á los grandes talentos en todas partes, no le ha mordido aún, quizá porque su modestia es proverbial, y á nadie inquieta en ese país un hombre que vive como Sierra de su trabajo, uniendo á las virtudes del corazón las perfectas costumbres de un caballero.